

De cómo una vez hubo saharauis con ciudadanía española documentada

«La más grande provincia española»

Hubo un tiempo en que fue la provincia 53 del Estado español, la última pieza que se perdió del antiguo imperio. Sus habitantes eran ciudadanos españoles, tenían la documentación que lo demostraba y estaban sometidos al entonces vigente Fuero de los Españoles



EL OBSERVADOR

Redacción

DIRÉ PARA COMENZAR que el Sáhara es una auténtica provincia española, la más grande en extensión y la de más reciente incorporación. Quede bien sentado que el Sáhara es tierra auténticamente española donde convivimos un puñado de españoles, musulmanes y cristianos, sin el menor indicio de discriminación racial e íntimamente compenetrados con un único y común afán de elevar a este querido pueblo al rango que le corresponde. Sáhara, en dialecto hasanía significa desierto y, más gráficamente nada, y efectivamente, nada había aquí cuando España cumpliendo con su destino misionero colonizador plantó sus reales plantas en estas tierras».

1964, para conmemorar los XXV años del franquismo la Junta Interministerial planea, patrocina y publica el libro *Sáhara Ifni. España en Paz*. José María Yanguas Miravete se ocupa de la redacción de la obra. Sin abandonar el estilo pomposo y la inspiración mesiánica ultracatólica propios

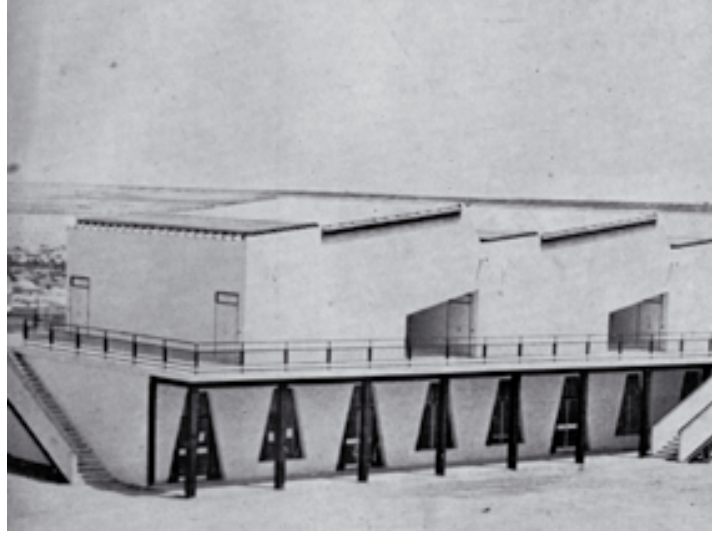
de la época y de una nación *Grande y Libre*, Yanguas insiste en que «España, en su recalcitrante quijotismo, pechó con la pesada carga y sin hacer cálculos mezquinos sobre lo ruinoso de la empresa, acometió con entusiasmo misional la tarea de elevar al pueblo saharauí al nivel que le correspondía, como uno más dentro de la estrecha hermandad nacional».

Efectivamente lo que hoy se conoce como Sáhara Occidental fue anteriormente el Sáhara Español, la provincia número 53, cuyos habitantes -nativos y colonos- gozaban de nacionalidad española y DNI y pasaporte español, un hecho histórico que pasa inadvertido para la inmensa mayoría de la población actual, especialmente entre los jóvenes nacidos en democracia, que ignoran que Franco quiso emular el sueño colonial panhispánico en este pedazo de costa africana tan grande como la mitad de la península y que la muerte del dictador supuso un final dramático y acelerado de una aventura que había comenzado dos siglos antes.

A pesar de que los primeros contactos estables de los españoles en el litoral africano coinciden con la conquista de las Islas Canarias por los Reyes Católicos -la distancia entre Fuerteventura y el cabo Juli es de apenas 100 kilómetros- fue el malagueño Cánovas del Castillo quien al albor de la Conferencia de Berlín de 1884, en la que las potencias europeas se repartieron el continente africano, impulsó las expediciones militares en la costa africana. En su gobierno se establecieron poblaciones estables en la costa, inaugurando un periodo de permanencia que se consolidaría con el paso de los años.

Hasta 20.000 españoles vivieron en el Sáhara. Lejos de la idílica visión fraternal que nos presenta Yanguas Miravete, la sociedad colonial era precisamente eso, colonial, fuertemente estratificada, estamentada y jerarquizada en estratos sociales nada permeables. Los saharauis eran los nativos y apenas tenían contacto con los españoles, más allá del personal doméstico. Los españoles a su vez se dividían entre militares, la inmensa mayoría, y comerciantes, fundamentalmente canarios, dedicados a los servicios o a la pesca.

El ejército en el Sáhara Español estaba igualmente dividido entre



Arriba: Instituto nacional de segunda enseñanza de El Aaiún
Centro: Vista aérea del puerto de Villa Cisneros
Abajo: Grupo escolar de niñas de Villa Cisneros

Página anterior: un DNI auténtico del Sáhara Español

(Todas las fotos de este reportaje han sido extraídas del libro *Sáhara Ifni, España en Paz*; pies de foto originales)

los jefes y oficiales, con lugares de reunión específicos (casinos) a los que no estaba permitida la entrada a los miembros de inferior categoría (suboficiales) que utilizaban los suyos, y los soldados rasos que hacían allí el servicio militar obligatorio por sorteo o eran enviados al Sáhara a cumplir castigos por delitos políticos en batallones especiales. Su relación con los nativos era mayor pero siempre circunstancial. Al igual que hoy en día hace Marruecos, los destinados al Sáhara gozaban de jugosos aumentos de sueldos gracias a las gratificaciones que alcanzaban hasta el 200% del sueldo que se cobraba en la España peninsular. Siendo una población subvencionada económicamente por el Estado.

Aunque el asentamiento español en el Sáhara se produjo por medios fundamentalmente pacíficos también se produjeron episodios violentos, que se recrudecieron cuando el Polisario acentuó sus ataques a las tropas franquistas en la década de los setenta.

Así, los nativos-saharauis pasaron de ser el enemigo a (una vez que el Polisario secundó la posición española a favor del referéndum de autodeterminación y que se efectuó un intercambio de prisioneros) volver a ser amigos de nuevo. Entonces el enemigo pasó a ser Marruecos que atacaba por el norte infraestructuras españolas como un prólogo para la Marcha Verde. Cuando esta gran marcha de civiles desarraigados, pobres y hambrientos se anunció oficialmente, a los soldados les dijeron que Marruecos volvía a ser amigo y que era necesario tener controlados a los nativos, que volvían a ser enemigos. Pese a las órdenes, muchos militares, desconcertados, ayudaron en su huida a los saharauis.

El párrafo anterior, con el que Gila podría hacer uno de sus divertidísimos números del teléfono («Oiga?!... Si?... Mi general?... Mire, que me pregunta Ramírez que qué enemigo nos toca hoy!») sintetiza en realidad la postura española, que se definió por sus titubeos, indefiniciones, falta de proyectos concretos y por la carestía de medios. La retirada del Sáhara fue vergonzosa para aquel ejército heredero de las unidades africanistas que habían liderado el alzamiento nacional del 36 y derrocado a la República. La huida



«Este es El Aaiún, capital de la provincia, brillante realización de esta paz duradera que disfruta España»

Testimonios

Estas declaraciones de españoles que vivieron en el Sáhara las recogieron la profesora de Islamística en la Universidad de Roma Bianca María Scarcia y el profesor Manuel de Paz, de la Universidad de La Laguna

L.A.M., maestro. «Las mujeres de los suboficiales cedían el sitio a las de los capitanes en la cola, incluso en la iglesia. Imaginense lo que pasaba cuando una saharauí no cedía el sitio en una fila a una señora española».

L. de C. B. ingeniero. «Los 14 años que pasé en el Sáhara, nunca oí hablar de delitos cometidos por los saharauis: debió haberlos, pero probablemente los resolvían entre ellos y no nos enterábamos de nada».

M. P., maestro. «Su vida era muy sencilla, y su dieta muy pobre; arroz, leche, y sólo cuando llegaba un huésped mataban una cabra, pero como si se privasen de un bien precioso. Comían incluso camellos, pero sólo cuando éstos estaban enfermos».

D. U. M., contable. «Nunca he visto reuniones políticas en los puestos de trabajo: los saharauis se reunían, pero clandestinamente, incluso a veces debajo de tus narices, y a nosotros nos parecía que estaban charlando. La verdad es que nadie podía entender lo que estaban diciendo».

E. P., médico. «La gente tenía muy clara las diferencias entre saharauis y marroquíes: para ellos *los moros*, con todo el desprecio y racismo que hay en esa palabra, eran los marroquíes, mientras que los saharauis eran *buenos*. Y esto lo pensábamos también los militares, quizá para justificar nuestra *afinidad*, que concretaba nuestra presencia colonial allí».

fue considerada una deshonra. El sentimiento de frustración y de culpa acompañó a algunos de los que vivieron este episodio. B.C. B., militar en el Sáhara, lo recuerda así: «Por una parte, el ejército marroquí (cosa distinta a los pacíficos habitantes del lugar con sus familias), y por el otro el Frente Polisario; en medio, el ejército español. No se sabía si había que disparar contra uno o contra otro».

«En diciembre de 1975, El Aaiún era una ciudad desolada. La mayoría de los saharauis habían huido de la represión marroquí internándose en el desierto; los 10.000 civiles españoles habían sido evacuados junto con sus pertenencias (1.000 automóviles y 300 toneladas de carga); los bancos habían cerrado sus oficinas; Iberia había suspendido todos los vuelos con Madrid; los edificios públicos, inventariados en 14.000 millones de la época (84 millones de euros), habían sido aban-

donados; las instalaciones militares (valoradas en 3.000 millones de pesetas, 18 millones de euros) habían sido entregadas al nuevo ejército ocupante». Así describe el periodista Tomás Bárbulo la escena de la retirada en su libro *La historia prohibida del Sáhara español*. Bárbulo aporta además un macabro y significativo detalle, los españoles huyeron cargando cientos de cadáveres: «Incluso los muertos españoles habían sido desenterrados, introducidos en 1.800 ataúdes llegados en aviones y trasladados a cementerios de la Península y de Canarias. Sólo el 40% fueron reclamados por familiares».

Suministros de fosfatos

El descubrimiento del yacimiento de fosfato de Bucraa en 1949 a raíz de unas prospecciones en

busca de petróleo realizadas por Cepsa fue el acicate de la ocupación del territorio. «Lejos de constituir un gasto las colonias han pasado a ser un elemento valioso para nuestra economía y ayudan notablemente al suministro de nuestra patria», decía aquel año Franco. Pero el proceso de independencia de los países africanos y asiáticos ya había comenzado y la Conferencia de Bandung de 1955 dio alas al bloque de los no aliados en la conquista de sus derechos soberanos.

La presencia española convirtió a una población esencialmente nómada y rural en sedentaria y urbana, se ensancharon los extrarradios de las ciudades. La riqueza fundamentada en la posesión de ganado y de bienes se alteró con la completa implantación de la moneda. Se acentuaron las diferencias entre los saharauis que vivían en las zonas costeras y los del interior. Surgió una pequeña burguesía nativa asociada al funcionario y a las empresas locales que fue la que resquebrajó la sociedad tradicional saharauí y despertó las ansias de independencia.

La educación que se proporcionó a las pocas familias saharauis que lograron escolarizar a sus hijos excluía sus costumbres, literatura y patrimonio cultural. Se estudiaba exactamente lo mismo que en la península. P. F., uno de los profesores de aquella época, explica cómo «no había interferencias entre las dos culturas, saharauí y española; cada una tenía su propio sector de influencia, y era como si los dos sectores fueran vecinos, yuxtapuestos pero no integrados».

Pese a todo, una de las grandes novedades para los saharauis fue la educación mixta, aun siendo pocos, los niños y niñas de la zona aprendían en las mismas aulas. Al menos en este espacio de la escuela, o más bien, únicamente en este lugar, se daba una igualdad de base entre los sexos. I.G., secretaria: «en la escuela infantil estaban juntos niños y niñas, casi en el mismo número. Pero luego, cuando iban creciendo, el número de mujeres iba rebajándose, hasta que las chicas desaparecían de clase completamente».

El censo español de 1974, aunque muy criticado, es la única referencia medianamente científica de cuánta población habitaba el Sáhara Occidental. Se contabilizaron 74.000 saharauis y 20.000 españoles. Tras la retirada de las tropas, en 1976, la herencia educativa que dejaron los españoles en la región era 25 estudiantes universitarios, cuatro maestros, un perito y un médico. Se había escolarizado a 4.862 niños. Los saharauis no podían acceder a carreras como periodismo, sociología o política.

«El viajero perspicaz, inteligente, observador, habrá tenido pruebas palpables de esta tarea colonizadora -no nos importa nada usar este término porque España supo colonizar siempre, y ahí están, vigentes sus resultados: millones y millones de católicos que rezan a Dios en castellano», cuenta Yanguas Miravete, sin recaer en que otra de las peculiaridades de esta colonización fue que, a diferencia de los indígenas americanos, la fe musulmana nunca resultó mermada por el proselitismo católico».